

¿España es una momia?

SERGI PÀMIES

LA VANGUARDIA, 12.06.10

TV3 sigue con su semana identitaria. Después de las dos tazas de Adéu, Espanya? (que fue reprogramado, con éxito, supongo que para animarle el día de la huelga de funcionarios a Joan Ferran), el jueves estrenó El laberint, dirigido por Jordi Mercader. Tras la hipótesis independentista, este documental sabe a reflexión realista sobre el Estado autonómico, el traje identitario plurinacional y sus roídas costuras. Junto a expertos solventes, se apela a la experiencia, desigualmente relevante, de ejemplos momificados de transición mal digerida.

Podría decirse que El laberint es una precuela del Adéu, Espanya? Para poder llegar a las conclusiones del segundo hay que haber manoseado las sesudas consideraciones del primero. La objetiva incapacidad de España para entender su plurinacionalidad se reinterpreta en una polifonía de intervenciones que desembocan en una conclusión: la cosa va mal. El café para todos, los tópicos nacionales, todo se sofistica en una retórica de la confrontación o de la búsqueda de pactos en función del grado de cultura y civilización del ponente elegido.

Hablar de esas cosas es saludable y actúa como una terapia a la que no puede ser ajena la televisión, sobre todo cuando es pública. Pero ¿hacía falta concentrarlo todo la misma semana? A nivel identitario, estoy hecho polvo. "La modernidad española está hecha por caciques", dice Joaquín Leguina, uno de los políticos que nunca faltan a la hora de calibrar los desperfectos identitarios del constitucionalismo. Con la política presuntamente sería ocurre como con la televisión

presuntamente frívola: los especialistas se repiten. Si hay que hablar de efebos en un plató bullicioso, se recurre a Juan Adriansens. Si hay que hablar de drogas, se llama a Antonio Escohotado. La transición y el constitucionalismo asimétrico de esa España patológicamente dolida consigo misma cuenta con cartógrafos que, en su variedad catalana, llevan años expresándose con pedagógica claridad. Joan B. Culla, Oriol Bohigas, Enric Juliana,

Antón Costas, Pasqual Maragall, Jordi Pujol, Salvador Cardús... El laberint, sin embargo, recuperó a Martín Toval y a Ruiz Domènec, que aportaron argumentos que tener en cuenta, menos sobados que los habituales.

A juzgar por el despliegue documental de los últimos días, pues, hay que concluir que el asunto identitario interesa. TV3 ha ofrecido dos niveles de reflexión, distintos pero complementarios, que saciarán la sed de los adictos a estas causas o a los victimistas compulsivos de uno y otro bando. Allí estaba José María Aznar, hablando de fuerzas centrífugas en un tono centrípeta. Y allí estaba Xabier Arzalluz, con el rictus autocomplaciente de quien maltrata a los camareros. Y, como una pincelada decisiva entre tantas lamentaciones jurídico-estatutarias, asoma la cabecita del ruido de sables y del terrorismo, auténticos factores disuasorios de una normalidad que no se consiguió, entre otras causas, por la indecente presencia de tanques y pistolas en los bandos (¿o las bandas?) respectivos. Chantajeada por la amenaza de violencias simétricamente totalitarias, la constitución democrática tuvo que crecer como los pies de esas concubinas chinas, sometidos a tortura y deformación. Resultado: así nos va. Vuelvo a Leguina, erudito de la obviedad: "O cambias la Constitución o cambias el Estatut". Y algunos,

menos informados pero más ingenuos, nos preguntamos: ¿y qué tal si cambiamos la Constitución y el Estatut?